



COMENTARIO

¡No sirve querer sacar las cosas de quicio, señores conde de Aybar y consortes! Su augusto discípulo Su Majestad el Rey nos dijo, señor conde, no hace mucho que hay que ser optimista, y si hay algún pesimismo es el de empeñarse en no ver directa y claramente la realidad, sin ninguna clase de lentes ahumados ni de anteojeras. Veamos el caso.

En un manifiesto que ha firmado la nobleza doméstica, es decir, palaciega, la nobleza de casa y boca, habla de declinar toda responsabilidad para el día que, produciéndose la catástrofe, la nobleza española diera «el triste espectáculo que dió en Portugal y que ha dado recientemente en Rusia, y que todos estamos en la obligación sagrada de evitar».

El espectáculo más triste, señores... de quienes lo sean, no lo dieron ni la nobleza portuguesa ni la rusa; el espectáculo más triste lo dieron el último Braganza y el último Romanoff reinantes. Pero ¿y qué iban a hacer los pobres? La culpa de la nobleza portuguesa, como de la rusa—si es que en ello hubo culpa—, consistió en no haber sabido encauzar y enfrenar a unos y a otros, a los Braganzas y a los Romanoff. Y si la nobleza no sirve para encauzar y enfrenar a los Monarcas, ¿para qué ha de servir?

No es sobre el pueblo, no, sobre el que tiene que ejercer acción y tutela y enseñanza la nobleza, si es que se siente de veras noble. Su acción tiene que ejercerse en otro sentido. ¿Lo podrá hacer esta nobleza palaciega y de casa y boca? Lo dudamos mucho.

Parece ser que el señor conde de Aybar fué profesor de S. M. Pero los Reyes no necesitan profesores; lo que necesitan es maestros. Y por falta de maestros, de verdaderos maestros, suelen salir tan mal educados muchos Reyes.

Hay quien considera como una de las principales causas de la decadencia romana el que los jóvenes patricios eran educados e instruidos por siervos. El pedagogo era un siervo, un esclavo. (Aun guarda la pedagogía huella de su origen servil.) Y debe ser terrible que un joven Rey, que un futuro Soberano, sea educado e instruido por su servidumbre. Sin maestros, sin verdaderos maestros—«magistris», de «magister», más—, primero, y con ministros—«ministros», de «minister», menos—, después, ¿qué puede esperarse de un Rey cualquiera? ¡La servidumbre de Palacio! Lo único que educa es la comunicación con hom-

bres libres, de veras libres, de plaza y de corazón y no de casa y boca.

«Porque el movimiento revolucionario que se avecina—dice nuestra supuesta nobleza, la de casa y boca, la palaciega—no es uno de aquellos trastornos políticos del siglo XIX, en que lo primero que aparecía en las barricadas era aquel célebre cartelito de «Pena de muerte al ladrón»; hoy, en que descaradamente se predica el robo y se glorifica la violación y el asesinato, y se hace de toda suerte de violencia una especie de culto, la revolución en España representaría, no sólo el aniquilamiento de la patria, sino la imposibilidad de la existencia para todos aquellos que viven de su trabajo honrado o del disfrute de una propiedad debida a veces al esfuerzo de muchas generaciones.» (De muchas generaciones de siervos, sin duda, pero no de antepasados del que disfruta de la propiedad.)

Pues bien, señores de sus criados sedicentes—los que lo sean, que otros de estos sedicentes nobles no serán más que criados de su señor—, no sirve querer sacar las cosas de quicio. Eso de que ahora, a diferencia de lo que pasaba en los trastornos políticos del siglo XIX, se predique descaradamente el robo y se glorifique la violación y el asesinato, eso no es verdad, no es verdad, no es verdad. Siempre ha habido locos que han predicado toda clase de absurdos; pero no ahora más que antes. Faltaba, además, saber qué entienden ustedes, los de casa y boca o los de dehesas y campos fecundados por el sudor de generaciones de siervos o de infelices colonos, qué entienden ustedes por robo. Por que podríamos contarles cosas de compañeros suyos en esa quisquosa que llaman nobleza, cosas de despoiladores de España, que les explicarían por qué puede y debe pasar aquí algo de lo que ha pasado en Portugal y en Rusia. Puede y debe pasar. Y ustedes mismos lo necesitan para redimirse.

No; eso de que un movimiento revolucionario hubiera de ser ahora más violento y más cruel que fueron en el siglo XIX y que viniese acompañado de robos—ni aun de lo que ustedes, señores de sus criados y colonos, o criados de su señor, llaman así—y violaciones y asesinatos, eso no pasa de ser una fantasmagoría que les finge a ustedes el





miedo o acaso el remordimiento que sienten por el sentimiento de su propia responsabilidad en los males que a gritos llaman el duro y crudo remedio.

Dejando a un lado por ahora el más grave pecado de nuestra nobleza latifundiaría, su modo de explotar la tierra—hay noble de esos que en su vida ha visitado muchas de sus fincas y aun quien ha vendido por treinta dineros el solar de sus mayores y que da nombre a su título—, dejando a un lado la culpa de esa nobleza desarraigada que se ha hecho cortesana, que ha huído de los campos, que con su sistema de explotación despuebla; dejando esto, ¿qué han hecho los demás sedicentes nobles? No hacer nada, absolutamente nada.

La moderna nobleza española se ha distinguido no más que por su haraganería. En el siglo pasado un grande de España era, ante todo y sobre todo, un grandísimo haragán. A lo sumo se dedicaba a derrochar estúpidamente el dinero, por necia ostentación, como aquel típico duque de Osuna, que después de arruinarse arruinó a no pocas familias de honrados plebeyos, llevándoles los ahorros con sus tristemente famosas obligaciones. ¿Y qué hizo la nobleza española ante aquella especulación de la Casa de Osuna? ¿Para cuándo está esa martingala que se llama tribunal de honor? Y noble de esos—noble, ¿eh?—ha habido que se ha jugado a la ruleta o al «bacarrat», o a lo que sea, el solar de sus mayores.

No; la llamada nobleza española, si quiere redimirse de sus culpas—para lo que ya es tarde, pues las tales noblezas han de ser barridas—es de otro modo como tiene que hacerlo. Con una burguesía, con una recia y fuerte burguesía, con una clase de grandes industriales y mercaderes y agricultores y mineros y financieros, puede luchar el pueblo; pero con una nobleza cortesana, de casa y boca, palaciega y casinera; con una ridícula nobleza como la nuestra, con eso no se debe ni luchar. Eso se hunde solo, se cae de por sí.

Carlos Marx esperaba que las cosas, y no los hombres, trajesen la renovación social; de la concentración del capital, de la formación de la gran industria, del gran comercio, de la gran Banca. Pero de la conservación de una nobleza como la nuestra, de este grotesco simulacro de nobleza, no cabe esperar nada.

«No hay derecho a enriquecerse, sino a ser rico», nos dijo una vez uno de esos supuestos nobles haraganes que disfrutaba una propiedad debida al esfuerzo de muchas generaciones de siervos y de criados de sus mayores. Y le contestamos: «¡Todo lo contrario; a lo que no hay derecho es a ser rico, y me nos como lo es usted; a enriquecerse, sí! Porque el que se enriquece, por lo común, enriquece a otros, como no se enriquezca con la usura.» Y no pocos nobles se han dedicado noblemente a la usura en una u otra forma. ¡Usureros, logreros, jugadores y, sobre todo, haraganes!

¡Ay, señor conde de Aybar; no se meta a querer dar lecciones al pueblo español, que como profesor no parece que V. E. haya obtenido tan halagüeños éxitos! ¡Esas lecciones a otra parte, a otra parte! Y si tanto teme que aquí dé la nobleza el triste espectáculo que dice en Portugal y ha dado en Rusia, que se deje la tal nobleza de esas cataplasmadas de linaza, aguas de borrajas, cocimientos de malva y ceratos simples de la acción social que anuncia sobre el pueblo y encauce y enfrene lo que debe encauzar y enfrenar. Eso hizo más de una vez antaño la verdadera nobleza, la que lo fué por su propio esfuerzo, la que fué hija de sus obras, la que en su tiempo—el de la nobleza, que ya ha pasado—significó algo, y eso no hará esta nobleza de casa y boca y de Real orden.

Lo que debe hacer la sedicente nobleza española es prepararse a bien morir, que una muerte piadosa, cristiana, generosa y compungida abona una mala vida. ¡Prepárese, pues, a bien morir, y déjese de retóricas vanidades!

Miguel de Unamuno.

